

PAPEL | TECNOLOGÍA

DOUGLAS RUSHKOFF

“LOS TECNO-BILLONARIOS SE VEN COMO SI FUERAN DIOSES”

Entrevista. En ‘La supervivencia de los más ricos’, el profesor de Cultura Virtual denuncia las “fantasías escapistas” de gurús tecnológicos como Musk o Bezos

Por **Israel Zaballa**. Fotografía de **Seth Kushner**

En la antigua Roma, los generales que regresaban victoriosos de una campaña militar entraban a la ciudad en desfile triunfal. En su momento de gloria, un esclavo le acompañaba en la cuadriga, susurrándole una y otra vez: «Recuerda, tú también eres mortal»...

P. ¿Nadie se lo menciona ahora a los supermillonarios de Silicon Valley?

R. Eso es lo que intento hacer yo. Y es el motivo por el que he escrito mi libro: para abrirles los ojos. Algunos billonarios se ven a sí mismos como humanos y nos perciben a los demás como si fuéramos bichos o datos. Otros siguen viéndonos como humanos, pero sólo porque ellos se ven como dioses... como dioses griegos o romanos, o semidioses, o superhéroes.

Quién así responde por Zoom es Douglas Rushkoff (Nueva York, 1961), uno de los 10 intelectuales más influyentes del planeta para el MIT y creador de conceptos tan célebres como «nativos digitales». Según este «teórico de los medios marxista» (como él mismo se autodefine con cierta sorna), los supermillonarios cada vez conciben planes más alocados para escapar del apocalipsis social y climático que ellos han generado.

«Tienen la fantasía de ir a Marte, a una isla, bajo tierra o de cargar su cerebro en un ordenador. Piensan así, juegan así, fantasean así», dice Rushkoff, que ahora publica *La supervivencia de los más ricos* (Ed. Capitán Swing). ¿Y quién es capaz de pensar, jugar y fantasear así? Personas endiosadas que en muchos casos han perdido el contacto con la realidad.

—¿Llegan a verse como faraones capaces de escapar de la mortalidad?

—Es lo que terminas pensando si te crees un dios. Y no es nada sano... Jeffrey Epstein llegó a verse como un dios y a las mujeres como sacrificios que se le debían hacer. Los científicos que le rodeaban por dinero le ayudaron a racionalizarlo y a justificar sus delirios de grandeza. Si la ciencia te dice que los humanos no tenemos alma, entonces sólo valen los genes y el poder, y lo buscarás a costa de los demás.

La imagen que evoca de Epstein, el multimillonario acusado de prostitución infantil que se ahorcó en su celda, recuerda mucho a la del clásico villano de las

películas de James Bond. O a las distopías tecnológicas de *Black Mirror*, la famosa serie de ciencia ficción. Uno de sus capítulos más famosos plantea la idea de que nuestra conciencia pueda sobrevivir en la nube como un programa informático más.

Rushkoff desvela que este tipo de proyectos ya se estudian en los laboratorios: «El ingeniero jefe de Google, Ray Kurzweil, piensa así. Si concibes al ser humano sólo como datos, entonces tiene sentido que puedas coger esos datos y meterlos en un robot. Lo que les incomoda es cuando les pregunto: ¿Estáis transfiriendo los datos o copiándolos? Porque si es una copia significa que de todas formas vosotros habéis muerto».

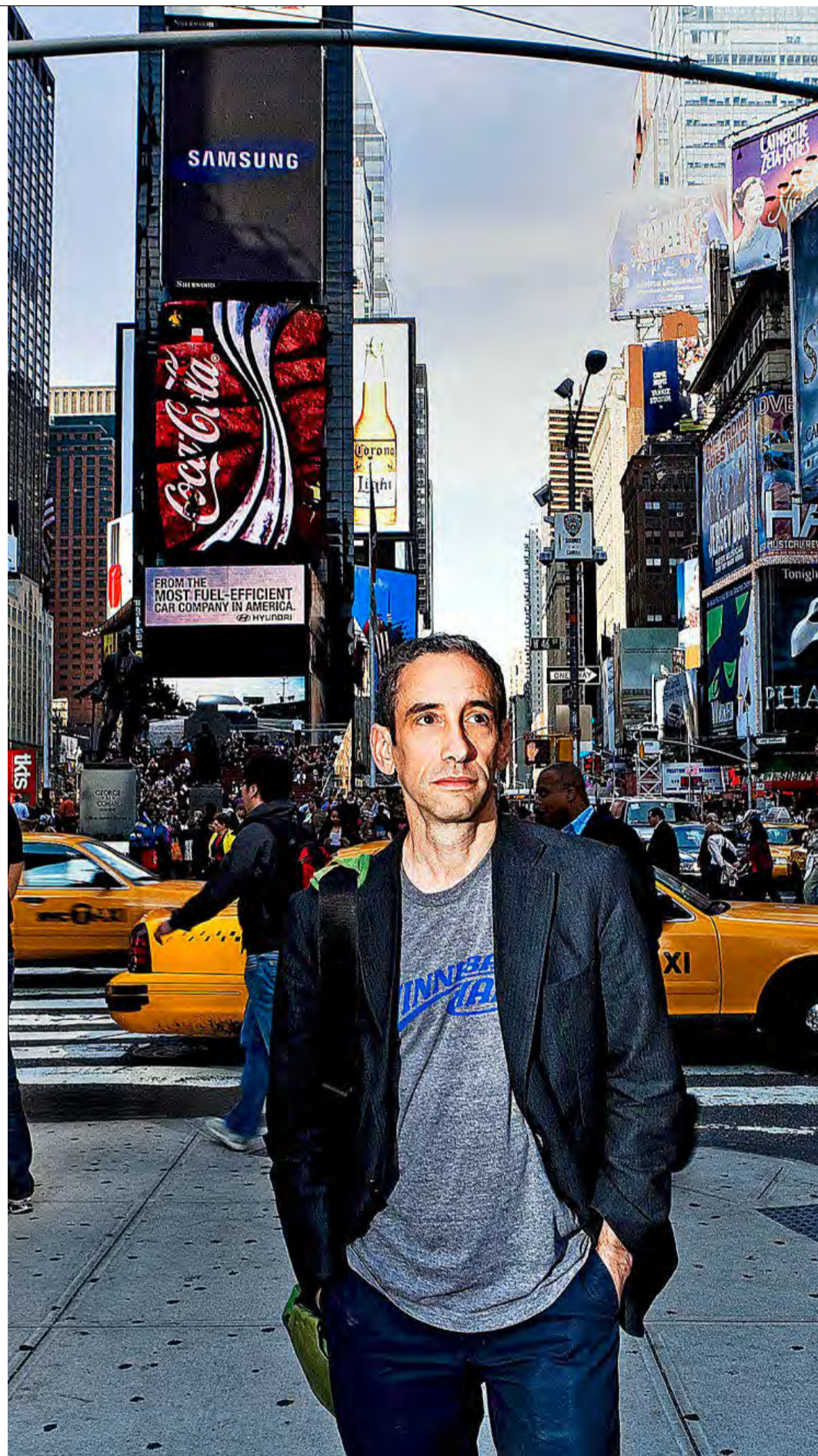
Otra forma más obvia de *narcisoescapismo* son los viajes al espacio, una competición testostérmica de cohetes en cuya parrilla de salida están los propietarios de Tesla y Amazon. Sin embargo, Rushkoff observa motivaciones distintas entre ambos: «Para Elon Musk sí es un plan de huida, es optimista sobre su capacidad de hacer cosas increíbles en vida... En cambio, para Bezos ir a Marte es una manera de probar que su modelo de capitalismo extractivo funciona para todos».

Al profesor de la City University de Nueva York estas misiones le recuerdan una imagen de su infancia: «Cuando era niño, los grandes almacenes Macy's de Nueva York hacían desfiles por Acción de Gracias. Eran los Amazon del siglo pasado. Ahora, cuando Bezos va al espacio transmite lo mismo: 'Observad a lo que habéis contribuido como clientes... Yo creo que sólo prueba que hoy en día una persona puede acumular tanto dinero como para pagar por sí misma algo que en los 60 sólo podía financiar la administración americana en su conjunto».

Personajes como Musk o Bezos serían las caras más visibles de lo que Rushkoff denomina en su libro como «la Mentalidad», casi como si no se atreviera a denominarlo directamente «el Mal» o «el lado oscuro de la fuerza». Sus adeptos, o sea los depredadores en la cadena trófica económica, tendrían la tecnología como único credo, las charlas TED como plataforma evangelizadora y «el palo de hockey» como símbolo pseudorreliigioso de sus anhelos: es decir, la curva de crecimiento exponencial de sus negocios.

“Tienen la fantasía de irse a Marte, a una isla, bajo tierra o de cargar su cerebro en un ordenador. Piensan así”

“Quieren ganar suficiente dinero para escapar de la realidad. Su modelo de éxito es alejarse de nosotros”



Desde los postulados de esta *religión* cuya alquimia requiere soluciones de ingeniería y ultraliberalismo digital, los *tíos glitlos* del *Nasdaq* —más halcones que patos— se afanan en resolver cuestiones vitales como la del calentamiento global, con planteamientos equivocados para Rushkoff: «En el que probablemente sea el mayor

Douglas Rushkoff es escritor, columnista y profesor de Cultura Virtual.

crimen de la Mentalidad contra el proyecto humano, esas soluciones totalizadoras perpetúan el mito de que sólo una élite tecnocrática puede arreglar nuestros problemas. Nos disuaden al resto de hacer cambios sustanciales en nuestra forma de vida y desvían la limitada financiación disponible a descabelladas pérdidas de tiempo».

—¿En qué se diferencia la Mentalidad de la tradicional creencia en el mercado y el progreso?

—Gente que creía en el capitalismo como Rockefeller, Carnegie o Henry Ford sabían que debían tener trabajadores lo suficientemente felices para tener un rol activo en el mercado. Aquellos dinosaurios entendían que todavía dependían de nosotros, aunque fuera como servidores o clientes.

—¿Y los ricos de nuestros días son peores?

—Ellos no comprenden que su afán implica quemarlo todo, incluso el propio mercado. Cuando Carnagie, Ford o incluso Julio César andaban por ahí, podían capturar una nación y esclavizarla, pero no podían destruir el planeta, no operaban a esa escala.

En la visión que maneja Rushkoff el *armagedón* no vendría en forma de enorme meteorito, sino más bien con la endeble fisonomía de los pijos californianos que se hacen más y más ricos a costa de exprimir los recursos del planeta. Pero aunque su avaricia nos lleve a los demás al desastre, eso no les impide a ellos soñar con un final feliz en una galaxia lejana o viviendo eternamente en un chip.

—¿Se creen de verdad sus quiméricos planes?

—Aunque no piensen seriamente irse a otro planeta, sí quieren ganar suficiente dinero para escapar de la realidad. Su modelo de éxito es alejarse de nosotros.

“Carnagie, Ford o Julio César podían capturar una nación y esclavizarla, pero no podían destruir el planeta”

“Los ricos de ahora no comprenden que su afán implica quemarlo todo, incluso el propio mercado”

Su forma de entender la felicidad es separarse de las masas. Y esa forma de pensar nos influye a todos. Muchos también aspiramos a ganar más para alejarnos de un mal barrio y no depender de nadie más.

Es como si el paraíso fuera para ellos aislarse en un búnker digital y esa receta quisieran replicarla en la vida de todos los demás. Rushkoff sugiere esta manera de pensar aislacionista revela rasgos psicológicos relacionados con la falta de empatía: «En parte es sociopatía y en parte tendencias propias de sus particulares formas de autismo. Si tienes autismo y no lo compensas, entonces entras en una comprensión del mundo extremadamente desconectada y despersonalizada. Conozco muchos niños con autismo y se sienten cómodos si les das un horario, demarcaciones rígidas... Son muy creativos con esos límites. ¡Mira a Elon Musk! ¡Mira a Mark Zuckerberg! Han hecho muchas grandes cosas viviendo así, pero ese modelo no es necesariamente bueno para el resto de la sociedad».

Los más ricos son también los más patosos con las relaciones sociales. No las necesitan. Incluso las temen, como pone de manifiesto Rushkoff en el prólogo de su libro cuando relata su encuentro—con jugoso cheque de por medio— con cinco millonarios en un lujoso *resort* en mitad del desierto. Los ricos discutían sobre sus posibilidades de sobrevivir al *evento*, el eufemismo que usaban para referirse a una hecatombe climática, nuclear o vírica. De repente, uno de ellos, que había construido ya su propio sistema de búnkeres, reveló al profesor neoyorquino lo que realmente le quitaba el sueño: «¿Cómo puedo mantener la autoridad sobre mi fuerza de seguridad tras el *evento*?»

La pregunta le pareció a Rushkoff muy desconcertante, pero aún más su reacción ante el consejo que él le dio: «Cuando les dije a estos multimillonarios locos de los búnkeres que fueran amables con la gente ahora para que la gente fuera amable después con ellos, uno de aquellos ricos me dijo: ‘Sí, pero... ¿Dónde termina esto? Porque si soy amable con unos, también tengo que serlo con estos y luego con aquellos. Al final, tengo que ser amable con todos».

Lo que les funciona, sostiene Rushkoff, es el búnker: estar solos, cómodos, aislados... como en el útero materno. La analogía proviene de décadas atrás, y se le ocurrió al psicólogo psicodélico Timothy Leary al leer *The Media Lab*, un libro de los 80 sobre los pioneros de la tecnología digital. «Leary advirtió que aquellos chicos habían crecido resentidos con sus madres porque éstas no habían sabido anticipar sus necesida-

des: eres un bebé y tienes hambre, pero tu madre se equivoca y te cambia el pañal. Y sentenció entonces: ‘No lo han superado, quieren volver a su madre... ¡Quieren recrear el útero con tecnología!’».

Rushkoff cuenta en su ensayo que los ricos, como depredador que recela de otro depredador, temen que la IA se vuelva en su contra. «Su miedo a una futura represalia resulta palpable, y tan vívido como una película de *Terminator*», desvela el ensayista. «Musk ha explicado que una de las razones por las que quería colonizar Marte era para tener un refugio si la IA se

rebela y se vuelve contra la humanidad».

—Los ricos quieren escapar... ¿Pero podemos nosotros escapar de ellos?»

—Bueno, es muy difícil para nosotros separarnos de

los sistemas que nos rodean. Aquí estoy yo, he escrito un libro a la manera antigua, pero para promocionarlo necesito un ordenador, una conexión a internet.

—¿Es una paradoja irresoluble? Su libro se venderá en Amazon...

—No me culpo por todo lo que hago en este mundo porque no soy el único responsable del capitalismo. Cuando nació la mayoría de la gente ya circulaba en coches. Yo no tenía ni la inteligencia ni el poder para decidir no utilizarlos...

Revive Rushkoff una ocasión en la que conversaba sobre economía circular con colegas del Instituto para el Futuro: «En un momento dado detuve la reunión y pregunté: ‘¿Dónde tenemos los ahorros? Y todo el mundo respondió: ‘Oh, yo tengo una cuenta en Chase; oh, yo tengo fondos indexados de la bolsa norteamericana... Y yo dije: ‘¿No haríamos mejor en coger ese dinero e invertirlo en proyectos locales en vez de charlar tanto?’».

La caótica agenda que maneja Rushkoff, y que el día de la entrevista se ha complicado porque su hija empezaba la universidad, obliga a poner punto y final a la conversación. Después le espera otra entrevista, y otra, y otra más.

—Qué estrés... ¿No le gustaría meterse en un búnker y escapar así de la promoción?»

—No, para mí escapar sería lo contrario. Sería unirme a personas reales de mi ciudad. Todas estas entrevistas me hacen sentir en una cápsula espacial desde la que me comunico con miles de personas con pantallas y tecnologías. Escapar para mí sería abandonar el búnker y reintegrarme con la humanidad, con gente como yo. Así que para mí, escapar sería escapar de... escapar.

Robert Sackstein
es profesor
emérito
de Medicina
de la
Universidad
de Harvard.
SEHH



“LOS JÓVENES GUARDARÁN SUS CÉLULAS PARA USARLAS EN LA VEJEZ”

Entrevista. Para Robert Sackstein, médico e investigador, nuestro organismo guarda en las células madre mesenquimales la ansiada fuente de la juventud: “En el futuro se usarán como regeneradoras”, asegura

Por **Sonia Moreno** (Los Alcázares)

Cuando era estudiante en Harvard, Robert Sackstein empezó a tener contacto con los trasplantes de médula ósea; entonces constató que uno de cada cuatro pacientes que recibían el tratamiento moría al poco tiempo, al producirse un fallo en el injerto: las células trasplantadas no encontraban su camino por el torrente sanguíneo hasta la médula ósea.

Así empezó a profundizar en los mecanismos moleculares que guían a las células en ese proceso. Las investigaciones de Sackstein han culminado en una tecnología basada en la modificación de las membranas celulares mediante la inserción de un GPS que permite dirigir a las células madre mesenquimales hasta los tejidos dañados. P. Ahora está volcado en una terapia celular somática para tratar la osteoporosis.

R. Estamos analizando los datos de un estudio clínico inicial. Es una enfermedad muy prevalente y terrible. Mi madre falleció de osteoporosis. Tenía 93 años y era capaz de tocar un concierto de tres horas de memoria, pero llegó un momento en que no podía moverse por una fractura vertebral grave; terminó muriendo por una complicación pulmonar. Estoy convencido de que las células madre mesenquimales (CMM)

pueden ser la solución. Los datos son prometedores.

P. ¿Qué efecto esperan conseguir?

R. Cada tejido del cuerpo humano tiene las suficientes células madre mesenquimales para impulsar la regeneración. Pero a medida que se envejece se pierden, y también esa capacidad de reparar tejidos. Es algo visible en la piel de los jóvenes y de los mayores, sin ir más lejos. Las CMM exhiben, por una parte, un efecto antiinflamatorio, y son capaces de estimular a la célula del tejido en el que se encuentran. Por ese potencial regenerador, en el futuro yo veo a los jóvenes guardando sus CMM para usarlas como regeneradores en la vejez. Son una fuente de juventud.

P. Más allá de la osteoporosis. ¿En qué otras enfermedades cree que podría ser útil?

R. En las inflamatorias sistémicas, como la enfermedad de Crohn, la colitis ulcerosa, la fibrosis pulmonar idiopática y también en la esclerosis múltiple, la ELA o el Alzheimer. Las CMM son células inmunomoduladoras, lo que supone que reducen la inflamación allá donde llegan. Mi idea es que todas las enfermedades de la vejez, las enfermedades degenerativas, se producen por la falta de actividad de las CMM en los tejidos. Creo en el potencial de aumentar la densidad de CMM en las zonas con inflamación crónica.